



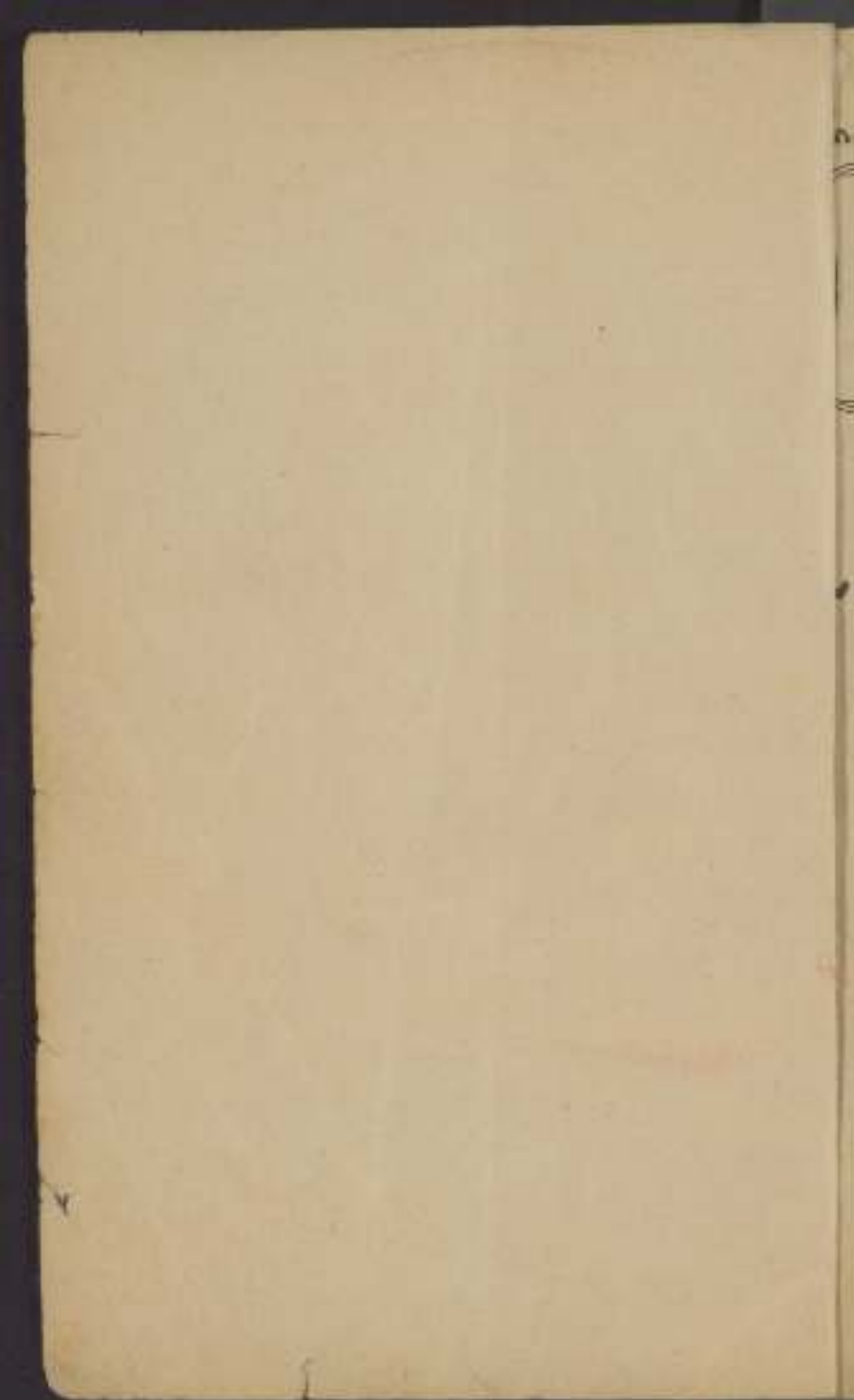
LA MUJER FINTADA

PEGGY SHANNON - SPENCER TRACY

PUBLICACION
SEMANAL

50
¢

LOS
MEJORES
FILMS



LOS MEJORES FILMS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: Francisco-Mario BISTAGNE

Paseo de la Paz,
número 10 bis

EDICIONES BISTAGNE

Teléfono 18551
BARCELONA

La mujer pintada

Dramático asunto, interpretado por la gentilísima
PEGGY SHANNON, SPENCER TRACY, etc.

Es un film FOX
(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 280
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

EXCLUSIVA DE VENTA EN ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbadá, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRESA INDUSTRIAL - Aribau, 153 - Teléfono 76307

La mujer pintada

Argumento de la película

Dos marineros, de aspecto rudo, insolente, se detuvieron ante una taberna de las cercanías del muelle. Uno de ellos se cercioró de que llevaba unos billetes de Banco.

—No saques el dinero a relucir aquí—le advirtió el otro.

—Conozco una pelirroja que se volverá loca cuando lo vea.

—Si alguien no te lo quita antes.

Entraron. Taberna gris de ambiente cargado, Bodegón típico de los puertos. Una mujer muy bella y rubia, llamada Kido, bailaba y cantaba al compás de una música infame. Era la artista del lugar, pobre criatura que debía someterse a los caprichos de la clientela.

Iba de un lado a otro, dirigiendo sus frases a los distintos parroquianos, gente de toda raza y condición.

*Quiéreme mucho... quiéreme mucho,
No seas cruel.*

Dame un abrazo de vez en cuando

*Y troca en dulce toda mi hiel,
Dí que me quieres y que me adoras
Haz de mi vida un bello Edén,
Haz que mis sueños se realicen,
Quíereme mucho, mi dulce bien.*

Entre los concurrentes se encontraba el capitán de barco John Boynton, hombre brutal que bajo el imperio de su energía había conseguido atterrar a aquella mujer, que se había visto obligada a darle sus besos y a sentirse como una bestezuela bajo su mando. Varias veces él le había propuesto irse en el velero en calidad de amante con la que solazar los largos días de navegación. Pero Kiddo, criatura débil, tenía miedo y aunque no osaba ponerse en franca rebeldía, siempre se había excusado de acompañarle.

La llamó a su lado, impidiéndole que continuara acorticiando a los clientes.

—No quiero que hagas eso.

—El amo lo manda.

—Y tú lo aceptas de buen grado... Oye, me marcho ahora, Kiddo, tengo que aprovechar la marea.

—Yo me voy a acostar.

—Ya te mandaré dinero.

—No me hace falta...

—Mucho cuidado con lo que haces, ¿eh? Canta y nada más.

—Sí... sí...

—¿No te decides a venir conmigo?

—No. Tendría mucha competencia.

—Debía obligarte a ir. A golpes...

—Así lo arreglas todo... Eres atroz.

—Bueno. No te metas con nadie durante mi ausencia.

Entró un marinero.

—Estamos listos para partir, capitán.

—Voy en seguida. Algún día vendrás, Kiddo. Y entretanto, no te olvides que eres mía.

La besó y salió sonriente.

Ella suspiró, fatigada de aquel vivir absurdo contra el que su alma protestaba de continuo, y subió con melancolía las escaleras que conducían a su habitación.

El marinero que había escado el dinero en la calle, la siguió con la mirada.

—Esa mujer será mía—dijo a su compañero—. Le doy cuanto quiera... y asunto concluido.

Avanzó escaleras arriba. Kiddo había entrado en su cuarto, cerrando la puerta por dentro.

Astutamente, el marinero compró con un billete a un mozo y le rogó llamase a la habitación de Kiddo.

—¿Quién es?—preguntó Kiddo.

—Un recado para usted.

—¿Está bien!... Aguarda un instante.

Y cuando abrió la puerta creyendo encontrarse con el criado se halló frente a frente con un marinero.

—¿Qué quiere? No era usted quién llamaba.

—Llamó el criado... pero por mi orden... Me gustas mucho, mujer.

Vió cómo el desconocido cerraba la puerta y avanzaba con una sonrisa de feroz deseo.

—¡Lárguese de aquí, indecente!

—¿Qué manera de hablar es esa, monada? Y ya que vengo para acariciarte.

—¿Qué se figura?

—Me figuro lo que me figuro.

—¡Ya se está usted marchando, pronto!

—De ninguna manera. Dentro de una hora tal vez...

Y ultrazó a Kiddo. Ella intentó en vano desasirse de aquellas manos odiosas.

—¡Pediré auxilio!

—¡Fídelo! ¿A mí qué?

Kiddo comenzó a gritar.

Pudo al fin librarse de sus brazos y con un jarrón amenazó al canalla.

—¡Te rompo la cabeza si no te vas!

—¡Suelta eso! Me he propuesto que seas mía... y de esta noche no pasa.

Como una bestia se lanzó de nuevo contra Kiddo, pero ella le arrojó el jarrón, que se hizo pedazos contra la cabeza del marinero. Dió éste un pequeño grito y cayó al parecer sin vida.

En aquel instante comenzaron a golpear la puerta. El dueño y algunos camareros llamaban para averiguar los motivos de la disputa.

Kiddo, horrorizada, abrió. Y el dueño y el encargado vieron, asustados, el cuerpo ensangrentado del marinero.

—Pero ¿qué es eso? ¡Oh!... Creo que lo mataste...—murmuró el principal.

—No quise hacerlo. El me agredió y...

—Mira. No quiero líos en casa. Vamos a sacar a ese hombre ahí fuera... y tú márchate inmediatamente.

—¿No... no!... ¿Dónde iría? Yo puedo explicarle todo a la policía, decir cómo ese hombre pretendió de mí...

—No te creerían. A una mujer como tú no la cree nadie... Toma tu ropa y lárgate en seguida.

Y Kiddo hizo inmediatamente su hatillo y salió de la taberna, con el terror de que la policía la persiguiese.

¿Dónde ir en aquella ciudad de Singapur en la que no conocía a nadie? Su único refugio había sido la taberna, donde había pan para comer y techo para cobijarse. Ahora, ¿qué hacer? ¿No la iban a detener, acusándola tal vez de asesinato?

Anduvo desorientada por el muelle y de pronto, como única luz de salvación, recordó el velero del capitán Boynton...

Sí, las circunstancias mandaban sobre ella. Se iría con él, aceptaría su invitación, aunque aquel hombre también le repugnaba. Pero era la única manera de escapar a la acción de la justicia. Y ya sin vacilar más, como mal menor, se dirigió allí...

...

Cuando salvó la pasarela del "Cruz del Sur", el velero que mandaba el capitán Boynton, un marinero asió a su encuentro, con la alegría de ver una buena mova en tal lugar.

—¿Me buscaba a mí?

—No. Al capitán.

—¡Ah! eso ya es otra cosa. Pase adelante.

La introdujo en el camarote del capitán. Este sonrió al verla.

—¡Tú aquí! ¿De modo que cambiaste de parecer?

Procurando ocultar la verdadera causa de su determinación, ella repuso:

—Sí. Y quiero ir contigo.

—Pero ¿cómo fué eso?

—Estaría muy triste sin ti.

—Es natural. ¡Me quieres tanto!—dijo orgullosamente—. Pero lo que yo debía hacer es mandarte a tierra y hacerte esperar.

—¡No hagas eso!

Ella besó en la boca y ella soportó la caricia.

Entró en aquel instante el marinero que había hecho pasar a Kiddo.

—Ahí viene un millón de policías, capitán.

Y como vio que el capitán lo miraba extrañado, añadió:

—Bueno, serán doce...

—¿Cuántos?

—Dos.

—¿Policías?... Y yo no tengo licencia para llevar pasajeros. Esconde por ahí a esta mujer, Max.

—Bien, capitán.

Salió éste, y el marinero, levantando la caja de la litera, hizo meter en su fondo a la muchacha.

El capitán salió al encuentro de dos agentes de policía.

—¿Qué sabe usted de Kiddo?—le preguntó uno de ellos.

—¿De Kiddo?

—Sí, señor. Estaban juntos esta noche.

—¡Ah! ¿Se refiere usted a la mujer de la taberna?

—La misma. Hirió a un hombre y ha desaparecido. Y tengo orden de registrar su buque.

El capitán alzó las cejas y lo comprendió todo. A punto estuvo de delatarla. Pero el deseo de tenerla a su lado pudo más.

—No sé nada de ello.

—De todos modos registraremos.

Recorrieron todo el barco sin encontrar rastro. Llegaron después al camarote del capitán, donde Max se hallaba sentado sobre la litera.

El capitán lo hizo marchar y dijo a los agentes:

—Esto es mi camarote. Pueden registrar incluso debajo de mi cama.

Era tan pequeña la litera que no creyeron los policías que pudiera haber nada oculto allí y renunciaron a ello.

—Está bien... Nada más... ¡Buenas noches!

Y apenas habían abandonado el barco, el capitán levantó la tapa de la litera.

—¡Sal de ahí!

Apareció la muchachita, sofocada por el encierro y la emoción.

Con tono sarcástico y falsamente compungido el capitán empezó a decir:

—Estoy tan triste sin ti... ¡Quiero ir contigo!

—Boynton... yo...

—¡No te defiendas!

—Soy inocente. Un hombre intentó ultrajarme.

—Por invitación tuya, ¿verdad?

—Era un ser repugnante... Lo maté. Tuve que huir.

—¿Y viniste a buscar mi protección? Pues no puede ser... Debes marcharte... Yo no puedo correr el riesgo de tenerte aquí. Entró un marinero.

—El práctico está a bordo, señor.

Vaciló el capitán. Si ahora hacía marchar a Kiddo podían verla y comprometerse él gravemente.

—Bien... te quedarías—dijo—. ¡Poned en marcha el barco!

—Gracias.

—Me porto mejor de lo que mereces.

—¡No digas eso!... Oye, ¿me das un cigarrillo?

El le dio despectivamente tabaco y también la caja de fósforos. Y luego salió para ir a hablar con el práctico.

* * *

Habían pasado varias horas y ya el barco estaba en alta mar. Kiddo y el capitán se desayunaban. Kiddo tenía miedo; pensaba en lo que significaba su estancia allí, su vida de amanta al lado de ese capitán rudo y odioso.

Ella era buena, a pesar de todo, y sufría. El la miraba codiciosamente.

—¿Sabes que me agrada... estar tú y yo solitos?

Y la besó.

—¡No hagas eso!

—No vengas con remilgos, tonta.

—¡Déjame!

—Podrías estar en la cárcel, no lo olvides.

—Pero al menos allí estaría sola.

—¿Te arrepientes de haber venido?

—No... pero no me toques.

—Tengo derecho a hacer de tí lo que quiera.

Entró Max.

—Hay un hombre enfermo a bordo, capitán.

—Voy a ver.

Marchó y Kiddo preguntó gentilmente:

—¿Puedo hacer algo yo?

—Crea que no. Tiene mucha calentura. No sé cómo vamos a atenderle. El puerto adonde vamos se halla a tres semanas de aquí.

¡Tres semanas! ¿Hacia qué tierras desconocidas la llevaría el destino? ¿Qué porvenir sería el suyo?

Por la tarde y mientras conversaba con el capitán entró el segundo de a bordo.

—El enfermo se agrava. No hay duda que tiene...

—¡Cállate! ¿Qué quieres que haga yo?

—Pues hacer rumbo al puerto más cercano.

—No hay para tanto. El enfermo no tiene nada.

—Eso no es cierto y esta mujer tiene derecho a saber la verdad. Ese hombre tiene cólera.

El capitán se lanzó contra él y le golpeó.

—Para que aprendas a callarte.

Kiddo se estremeció. ¡Cólera! ¡Una enfermedad terrible! Baynton le amenazó rudamente:

—¡Ay de ti si dices una sola palabra cuando lleguemos a tierra!

—No... no...

El segundo de a bordo se marchó quejándose débilmente.

El capitán aparecía nervioso.

—¡Voy a hacer rumbo hacia el Sur!—dijo de pronto—. Y ayúame bien, Kidd, te voy a desembarcar para no correr riesgos...

—Pero ¿es cierto que tiene el cólera?

—Sí, pero no lo admito hasta que haya descargado el buque. Entonces lo comunicaré a las autoridades. Pero a ti te dejaré en el primer puerto a fin de evitar tu contagio. Si cogieras la enfermedad, se descubriría que te llevaba a bordo y como lo tengo prohibido, mi responsabilidad sería inmensa.

Le asustó a Kiddo la idea de tener que permanecer sola en un puerto desconocido, pero aceptó las razones del capitán. Y se dispuso a afrontar su nueva situación con una resignación fatalista.

Era un pequeño puerto del Sur en el mar donde se crían las perlas. En uno de los cafetuchos del muelle se encontraban aquella mañana dos hombres. Los dos tenían el aspecto de derrotados. El uno era abogado... y después de una vida horrascosa había ido a recalar como una barca-vieja a ese puerto oriental, don-

da vivía de su profesión. El otro era un sujeto sin recursos y con una sed de vino que le enloquecía.

El tabernero sirvió licor al abogado y al ir a hacerlo en el vaso del otro hombre, el letrado le advirtió que no lo hiciera.

—¿Pero no va con usted?

—¡Qué ha de ir!

—Entonces no le sirvo.

Roberto Dunn, el abogado, saboreó el buen licor mientras su acompañante le contemplaba con envidia.

—Siento una sed terrible esta mañana—dijo.

—Tendrías sed hasta el día que te muera.

—Oiga, Dunn... Si le dijera que hay una perla maravillosa que se puede comprar barata...

—Diría que eres un embustero.

Se acercó a ellos Tom Brand, un muchacho de alegre tequeamento, bueno y simpático, dedicado a la pesca de perlas.

—¿Cómo están el señor letrado y el amigo de la sed?

—¡Bien, hombre!—dijo Dunn—. ¿Quiere acompañarnos?

—No tengo tiempo para beber.

—¿Cómo va el negocio?

—Estupendamente. La pesca de las perlas es fácil para un marino como yo.

—¿Quiere decir que se gana el dinero fácilmente?

—Ya lo creo... Aunque yo gano dinero en todas partes... Solía buscar ópalos en Queensland, pero dejé el negocio porque querían hacerme alcalde.

—Y los marinos almirante, ¿verdad?

—Sí, yo he sido cabo de la marina de guerra, pero me marché ante el temor al ascenso, pues me gusta estar libre de responsabilidades.

Y sonriente y después de dar una moneda al pobretón, se alejó hacia el muelle.

De pronto Dunn y su acompañante se fijaron en una mujer y un hombre que acababan de desembarcar del velero "Cruz del Sur". Era el capitán del barco, y ella una mujer bellísima y que tenía una fascinación misteriosa.

Roberto Dunn había sido un tenorio allá en su juventud, y la presencia de aquella mujer le hizo recordar sus buenos tiempos. Corrió a su casa y volvió al cabo de poco, con el cuello y la corbata puestos.

El capitán Boynton acompañó a Kiddo hasta el fonducho donde ella debía vivir durante su permanencia allí.

—Permanecerás aquí diez semanas. Para Nochebuena estaremos en San Francisco.

—Me harás muchos regalos, ¿verdad?

—Sí, mujer... Pero no olvides lo que te he advertido. Nada de coquetear con nadie... porque si no...

—Desacuida, hombre.

Ella besó en los labios y después de volver a recomendarlo que le guardase absoluta fidelidad se volvió a bordo, dejando a Kiddo instalada en la fonda.

Ella suspiró con indiferencia. ¡Qué aburridos iban a ser aquellos días! Pero tal vez estaría mejor que al lado del capitán, ese hombre de fusta de tirano que la obligaba a ser juguete de sus caprichos.

Kiddo tenía para todas las cosas de la vida una amarga resignación. Ya nada podía esperar.

El dueño de la fonda, un indígena de expresión bondadosa, entró en su cuarto.

—¿Desea algo, mademoiselle?

—Deseo muchas cosas.

—Le mandaré a mi hija. Ella se pondrá a sus órdenes, señora.

En el corredor encontróse el amo con el abogado Dunn, quien se entró de la habitación que ocupaba la forastera.

—¿Es la tres? ¡Bien! Entrame en ella una botella de champaña. Y llámame sonriente al cuarto.

Kiddo, creyendo que se trataba de la hija del fondista, abrió sin preguntar quién era.

Su alma experimentó una sensación de miedo. ¿No se repetiría un caso como el de Singapur?

—¿Quién es usted?

—Vengo a presentarle mis respetos, señora.

—¡Ah, comprendo!

Y miró desdeñosamente a aquel hombre pálido, sin afeitarse, de ojos entrojados, de expresión un poco idiotizada.

—No tema—dijo él cogiéndola por un brazo—. Tengo edad para ser su padre.

—Pero hay padres peligrosos.

—Sólo vine para ver si podía servirle en algo.

—Gracias.

—Soy Roberto Dunn, abogado. Lamento no tener una tarjeta.

—Siento haber sido un poco brusca.

Animada por aquellas palabras, el abogado propuso:

—¿Quiere cenar conmigo?

Ella se echó a reír. ¡Pobre hombre! ¿Qué se había creído?

Y contestó risueña:

—¡Magnífica idea!

Y abriéndole al propio tiempo la puerta, añadió:

—Nos veremos luego... Ahora tengo que hacer.

—¡Oh, sí!... Nos vamos a ver muy a menudo... Las islas son muy cálidas y voluptuosas como usted.

Entró la hija del fondista con una botella de champaña y unas copas. Ella comprendió y se encogió de hombros.

—¿De moda, señor Dunn, que tiene usted edad para ser mi padre?

—Me tomé la libertad... Perdona... Y no deje de volverme a ver, ¿eh?... La cena es a las ocho.

Y salió sonriente, mientras Kiddo murmuraba:

—¿Que le aproveche!

Miró a la indígena, una muchacha pálida y de grandes ojos de enferma.

—¿Dónde está el baño?

—En la laguna.

Y señaló un cercano lago que se veía brillar al sol.

—Mañana iré.

Y pensó que su único placer en aquel país sería poder bañarse, gozar de la naturaleza, vivirla en su esplendor...

A la mañana siguiente fueron las dos muchachas hacia el lago, que se extendía rodeado de una vegetación maravillosa.

—¿Hay hombres por aquí?

—No. ¿Pero tiene miedo que la vean?

—Por regla general no me baño desnuda... sino con traje de baño.

Comenzó a despojarse de sus lindas prendas.

—¿No me vas a acompañar tú?

—No me siento bien.

—He notado que toses mucho.

—Es el destino.

—No. Es la gripe.

Al verla desnuda, la indigna sonrió:

—¿Qué bella es usted!

—¡Bah! Tal vez para desgracia mía. Pero dame el jabón.

—Tome. Yo me voy a descansar.

—Cuando regrese te prepararé un ron caliente.

—Gracias, señorita.

Ella se zambulló y gozó de la deliciosa frescura del lago.

De pronto vio avanzar en un pequeño bote a un hombre de raza blanca. Tenía el aspecto de marinero y sonreía al ver a tan linda sirena en el lago.

—¡Eh! ¡Eh!...—advirtió—. ¡Voy a salir!

Tom Brand, que era quien iba en el bote, se echó a reír. Desde su barco pesquero la había visto y se había precipitado a ir a contemplarla de cerca.

—No tengo inconveniente.

—¿Quiere marcharse?

—¡No!

—¡Márchese! ¡Se lo ruego!

Y empezó a lanzar agua en dirección al barquito.

El, siempre risueño, accedió al fin y quedó en la orilla.

—Ya me he marchado. Puede salir.

—¡Váyase de aquí! ¿No comprende?

—No la entiendo. Soy sordo.

—Pero no ciego.

Sin abandonar nunca su sonrisa, se ocultó el mozo tras unos matorrales, no sin antes apoderarse bonitamente de las ropas de ella.

Kiddo salió del baño y ocultándose tras unos árboles suplicó:

—¡Deme las ropas!

—¿Para qué las quiere?—contestó él, que se había sentado de espaldas a la joven.

—Me gustaría darle una patisa. ¡Valiente caballero es usted!

—Sí, señorita, un perfecto caballero. Dígame, si no la miro, ¿almorzará conmigo?

—Con usted no quiero ni la gloria. ¿Quiere darme las ropas o no?

—Sí, se las daré después de que almorcemos... ¿Verdad que soy muy gracioso?

—Poca gracia me hace usted.

—¿No le interesa saber quién soy?... Soy el antiguo cabo Tom Brand y tengo tres condecoraciones.

—A mí sólo me interesa mi ropa... ¡Démela!

Al fin él se la dió.

—La he divertido, ¿verdad? Para eso me pinto solo.

—Déme ahora mi blusa.

—No quiero.

Y como él siguiera hablando, Kiddo cogió una piedra y la lanzó contra Tom. Este cayó como desplomado al suelo y entonces ella recogió la blusa. Pero Tom sólo había simulado el desmayo y agarró por un brazo a Kiddo.

—¡Qué gracioso soy! ¡Déme un besito!

Kiddo le rechazó y se vistió en un santimén, marchando en dirección a la fonda.

A mitad del camino encontraron a la pobre indigna tendida en tierra, desmayada.

Tom la recogió y se irrió a llevarla.

—¿Cree que está tuberculosa?—preguntó Kiddo, al notar su fatigosa respiración.

—Sí... Vamos... camine usted adelante.

—No tenga miedo, ahora no le voy a tirar otra piedra.

—No. Si era para ver si es usted más bonita vestida.

—¡Qué tonto es usted!

Tom dejó a la enferma en la fonda y luego se despidió cariñosamente de Kiddo. No sería la última vez que la viese.

Ella hizo un gesto de indiferencia y fué a cuidar de la indigna. Aquel muchacho era un chiquillo que seguramente quería divertirse a su costa. Pero malo no le parecía. Desde luego le inspiraba mayor confianza que el abogado.

* * *

Días después, Tom se hallaba en el café enseñando al abogado Dunn una preciosa perla pescada por él.

—Es muy hermosa. Tiene usted mucha suerte.

—Sí, yo tengo la gran suerte.

—Le darán una buena suma por ella.

—La reina de Saba la quiere...

Y se rió de sus propias palabras. Pero entonces vió que pasaba Kiddo, y la llamó.

—¿Trabaja usted aquí?

—No, vivo aquí.

—¿Y cómo está la indígena?

—Muy grave... Y el doctor no llegará hasta el día diez y nueve.

—Yo hubiera sido un gran doctor.

Apareció el fondista.

—Señorita Kiddo, mi hija quiere que la vaya a ver.

Marcharon los dos, y Tom suspiró:

—Esa joven es maravillosa.

—Sí. Tiene un cuerpo bellissimo.

—Dije que era una joven maravillosa. Aunque tiene las piernas un poco torcidas.

Y quedó orgulloso de sus propias observaciones, mientras el abogado se alejaba malhumorado y celoso.

Más tarde, Dunn entró en el café y encontró a Kiddo que se hallaba muy triste en aquel ambiente de soledad.

—Las autoridades principian a indagar qué es lo que hace usted aquí.

—¿Les interesa? ¿Acaso debo algo?

—Es que a los franceses les gusta deportar a la gente.

—Habladurías.



— ¡Pedire auxíllol!



— Un hombre intentó ultrajarme.



—Sólo vine para ver si podía servirle en algo.



—¿Quiere marcharse?



—Mañana hará tres meses.



—Mira que grande es.



—Hasta a ese pobre le has arruinado con tus mentiras,



¡Estaba muerto!

—Tendría mucho gusto en interponer mi influencia, si fuera necesario.

—¿Sin esperar ninguna recompensa?

—Ninguna... Pero dígame, ¿le gustaría ir conmigo a Papette?

—No, Gracias.

Al día siguiente, al salir Kiddo de la fonda encontró a Tom, quien, con aquella audacia que le caracterizaba, una audacia adornada por una simpatía y un optimismo extraordinarios, la cogió por un brazo y se la llevó a dar un paseo hacia el muelle.

Ella no protestó, pues de entre todos los hombres que había en la isla, el que le parecía más interesante era Tom, en quien adivinaba un espíritu bondadosamente infantil a través de sus arranques de fanfarronería. Parecía un niño grande, lleno de nobles sentimientos... pero que seguramente sólo buscaba divertirse con ella.

—No habla usted mucho, ¿verdad?—dijo él.

—Es que prefiero estar sola.

—Eso se le imagina usted... Mire, a su lado, me estoy poniendo nostálgico.

—Eso lo dicen todos.

—Pero yo soy distinto. Y poco a poco haré que me quiera.

Y había tanta sinceridad y nobleza en sus palabras que Kiddo sonrió, un poco emocionada.

—Usted es un buen chico..., aunque un poco exagerado... Pero no me interesa.

—¡Qué lástima! Debería usted ser más alegre, Kiddo.

—No... La vida me ha desengañado con sus golpes y ya no tengo ilusión.

—¿Por qué no me deja cuidarla?

—No puede ser.

Y volvió de nuevo en dirección a la fonda. Tenía miedo. Aquel muchacho era el único que le había inspirado cierta atracción, cierta simpatía. Pero era una tontería pensar en él. Se debía al capitán Boynton.

Tom insistió en sus galanterías.

—Por favor, déjeme en paz—le dijo ella.

—Haría cualquier cosa por usted.

—No me interesa.

—Poco a poco le interesaré. Déjeme que la cuido... Seré siempre fiel.

—No le creo.

—¿Quiere usted a otro hombre?

—¡No!

—¿Por qué no me quiere entonces?

—Porque no me gusta tener un novio de poco tiempo, que me abandone después y deje amargado mi corazón.

—¡Tontuela! ¿Quién habló de poco tiempo?... ¿No sabes que quiero casarme contigo?

—¿Casarse?

Parpadaron sus ojos, sintió en todo su ser un estremecimiento.

—Lo digo de veras.

—¡Oh, me dan ganas de reír!... Nadie me había dicho nunca semejante cosa.

—Pues ya lo has oído. Contéstame en seguida... ¿Sí o no?

—No diga tonterías, hombre.

No podía concebir que nadie se casara con ella. No podía aspirar a ser esposa. Su vida era demasiado triste para soñarlo. Creía que Tom se estaba burlando. Pero Tom se había puesto serio y con sincero acento repitió:

—¿Quieres casarte conmigo?

Kiddo estaba emocionada. El gesto y las palabras de su amigo le inspiraban amor y gratitud. Pero ella no podía aceptar aquel sacrificio, no podía unir su vida rota con una existencia llena de ilusiones.

—Podría llegar a quererle... pero eso de casarme, no...

Y entró en la casa. Mas Tom, desoso de una respuesta afirmativa, llamó con insistencia.

—Abre la puerta. Tenemos aún que hablar.

Kiddo encendió un cigarrillo. Había que desengañarle. Precisamente había recibido carta del capitán anunciándole su próxima llegada. Abrió.

—¿Qué quiere, Tom? ¿No le dije mi última palabra?

—No la que yo deseo... Es preciso que te convences de que eres mi único ideal.

—Yo no puedo ya ser ideal de nadie, amigo mío.

—No digas esas cosas... No quiero oírlo.

—Pero es preciso que las oiga... Mire usted... Mi padre me echó a la calle cuando tenía diez y seis años... Y luego ya puede usted imaginarse lo que ha sido mi vida... Rodar de una parte a otra... corriendo de puerto en puerto...

—Te digo que te calles... Ahora vas a hacer una vida nueva... casándote conmigo.

—No... no puede ser... Cada vez que le oigo no sé si reír o llorar.

—¡Quiero protegerte, Kiddo! ¡Te adoro tanto!

¡Pobre muchachita! Lloraba mucho... La confianza que le demostraba él hacía nacer en su alma un verdadero cariño. Pero tenía miedo de juntar su vida, dominada por el pasado, a la de él, intacta y libre.

—Hace algunos años le hubiera dicho que sí.

—¿De modo que no me quieres?

—No puedo variar de opinión.

—¿Es tu determinación final?

—Sí, mi determinación final.

Y se separó de él y se echó a llorar amargamente. Pero no podía ser... Pronto volvería el capitán, el hombre que tenía derecho sobre ella... el que había protegido su huida. Y traicionarle era ir directamente a la cárcel. Había que renunciar a los derechos del corazón.

* * *

Insistió Tom varias veces sin conseguir que cambiara de parecer.

Un día intentó de nuevo convencerla, con la misma inutilidad. Y marchó muy apenado a tiempo que Dunn se acercaba a Kiddo y le decía:

—¿Le interesa, Kiddo? Vi esto en el periódico de Papotte.

Y ante los ojos asombrados de Kiddo, puso un pequeño diario en que se daba cuenta de que había naufragado el "Cruz del Sur", pereciendo su tripulación.

—Ya no ha de venir el capitán, Kiddo. Si usted quiere, la

sacaré de ese inhumano lugar... Y si se porta bien, pasaremos unos meses juntos.

Pero ella sintió en el alma como la luz de un resplandor divino. El capitán, único obstáculo para su vida, ya no existía. Y miró desdenosamente a Dunn.

—¿Qué equivocado está usted!... He encontrado algo que vale la pena... Algo que apenas me merezco... Y gracias a usted no lo he perdido.

—No entiendo. ¿Qué quiere decir?

—Lo sé muy bien. Lo sabrá usted pronto.

Y marchó al encuentro de Tom y le dijo, entre temblores de novia, que aceptaba su ofrecimiento.

Y a la otra semana el pastor les unía en matrimonio. Todo cambiaría en lo sucesivo para la vida de Kiddo. El pasado había muerto. Sobre sus ruinas el porvenir levantaba su altar de ideal.

Días, semanas de felicidad... Dunn había paladeado la amargura de ver a Kiddo casada, y para olvidar se entregaba con más ahínco al alcohol.

Kiddo y Tom vivían en una bella casita en compañía de Jim, un criado indigena, fiel servidor y pescador de perlas.

Cierto día ella le curaba dulcemente, como una buena enfermera, una herida que Jim se había causado en el brazo.

—Usted es muy buena conmigo, señorita.

—Hago lo que puedo.

—Jim va a conseguir para usted una perla muy grande.

—Con una chiquita me conformo.

En aquel momento entró Tom, campechano, feliz.

—¿Te cortó el brazo bueno, Jim?

—Lo contrario. Lo curó muy bien.

—¿Bien por mi Kiddo... mi bonita Kiddo!

Abrazó a su mujer, y ella suspiró:

—Mañana hará tres meses.

—Sí, tres meses que nos casamos. ¡Ser tan dichoso!

—Y yo...

—Si tenemos suerte podremos irnos de aquí en agosto.

—Llévame en el balandro, Tom. Te estaré, pero me encantaría ver la pesca de perlas.

—Mañana vendrás.

Una voz aguardentosa interrumpió el idilio:

—¿Se puede entrar en este paraiso?

—Pase... pase...

Era Dunn, el abogado, quien se inclinó salamero.

—He recibido ya los papeles para su nueva concesión de pesca de perlas, Tom...

—Hombre... Lo celebro... Sirve unas copitas, Kiddo.

Behieran los dos hombres.

—Tendré que comprar otro balandro—añadió Tom.

—Sí... Eres afortunado. Tienes mucha suerte con las perlas y con las mujeres.

Y lanzó una mirada de reojo a Kiddo.

Tom marchó a su habitación para ir a buscar unos documentos, y aprovechando su ausencia, Dunn dijo lentamente:

—¿No sabe usted, Kiddo? "La Cruz del Sur" está al llegar...

—¿Cómo? Pero si se perdió.

—Esculló tan sólo. Lo acabo de leer. Fué una equivocación.

Quedó ella aterrorizada, pensando en las consecuencias de la vuelta del capitán... Pero Tom apareció otra vez y tuvo que disimular.

—Tome estos papeles—dijo Tom.

—¡Gracias! Su concesión tiene que ir a registrarla en Taiti.

—Iré mañana por la noche.

Tuvo ella miedo de quedarse sola y murmuró:

—Yo te acompañaré, Tom.

—Sí, eso es—indicó Dunn, irónico—. Un viaje le sentaría muy bien. Comienza el calor a dejarse sentir... Y adiós, señores... Y gracias por la invitación y por el vino.

Cuando le vió partir, Kiddo, que había adivinado que las palabras acerca del viaje se referían a la vuelta del capitán, murmuró sordamente:

—¡Lástima que el vino no hubiese sido veneno!... No invites más a ese hombre.

—¿No te es simpático?

—Lo odio... Y me molesta este ambiente... créeme... ¿No me dijiste antes que íbamos a marcharnos de aquí? Quiero irme... Llévame fuera... Quiero irme lo antes posible...

—Bien... bien... Más adelante nos iremos... pero... ahora... tenemos la nueva concesión...

—Es preciso que me marche.

—Debes esperar un poco más. Hazlo por mí, bonita.

Y con sus besos consiguió convencerla.

—Bueno... esperaré.

Había que afrontar como fuera las circunstancias. Pero adivinaba un porvenir lleno de inquietudes, un asedio feroz, tal una temible venganza.

* * *

Al día siguiente, tal como Tom le había prometido, fué con su esposa al balandro, para presenciar la pesca de las perlas.

Jim era el que se echaba al agua y conseguía obtener del ló-gamo maravilloso las ostras, en cuyo interior había el valioso grá-nito.

Abrió Tom una que había pescado Jim y extrajo de ella una preciosa perla.

—Mira qué grande es.

—Y perfecta.

—Es para el centro de tu collar. Vale a lo menos setecientos pesos.

—Mi collar puede esperar.

—Unas cuantas más así y seremos ricos.

Vieron entonces a Jim que volvía a lanzarse al fondo y Tom comentó:

—Desciende a una profundidad de noventa pies.

De pronto, uno de los marineros que estaba vigilando dió un grito. A través del agua había visto como un pulpo iba a apresar al pobre indigena.

—¡Un pulpo! ¡Un pulpo!

Tom no vaciló un instante.

—¡Voy a salvar a Jim!

Y provisto de un cuchillo se lanzó a las profundidades del mar, consiguiendo, tras breve lucha, apuñalar al monstruo, que se desangró prontamente.

Luego, sosteniendo a Jim, volvió al exterior, donde Kiddo había pasado momentos de infinita angustia.

—Siento haberte dado este susto.

—Sí. Casi se me ha vuelto blanco el cabello.

—Y ahora para casita. Cuando pasa algo así ya ni se puede bucear más.

Jim, acostumbrado a desafiar el peligro, agradeció la ayuda prestada por Tom, y el barco giró en redondo hacia el puerto.

De pronto vieron a lo lejos un velero y Tom comentó:

—No parece ninguno de nuestros barcos...

Miró con los gemelos y dijo:

—¡Es el "Cruz del Sur".

Tembló la mujer. ¡El maldito Dunn decía verdad!

—Ese es el barco en que viniste, ¿verdad?

—Sí...

—¿Quieres ir a bordo a saludar a tus amigos?

Protestó tímidamente:

—No. Me siento un poco indispuesta.

—Siento haberte asustado tanto... ¿Quieres beber una copita?

—No. Gracias.

—Pues yo sí voy a beber.

Se alejó unos pasos, y entonces Kiddo, presa de repentina idea, cogió la perla y la ocultó rápidamente bajo su media. Jim, que se hallaba cerca de Kiddo, sorprendió la maniobra y le extrañó profundamente la conducta de la señorita. Pero Kiddo creyó que nadie la había visto.

Volvió poco después Tom, y al cabo de poco rato estaban en el puerto.

—Corre a casa, alma mía.

—Tengo que ir primero a la tienda.

—Pero ¡si estás temblando!

—No es nada. Hasta luego, Tom.

Se dirigió hacia el lugar donde acababa de atracar "La Cruz del Sur".

Paseando por el muelle encontró a Roberto Dunn, el abogado, quien con maligna sonrisa le dijo:

—Le agradecería mucho volver a ver al capitán.

—¿Por qué no me deja usted en paz?

—Porque me interesa usted. Creo que ese capitán tiene malas pulgas. Quizás precise usted de mis servicios para el divorcio.

—¡No los necesita!

Se dirigió hacia el velero. Subió al barco y se encaminó a la cámara del capitán Boynton. Este, que iba a bajar, quedó agradablemente sorprendido al ver a su amiga.

La besó con un beso fuerte, rotundo, y dijo:

—No podías esperar hasta que fuese a tierra, ¿verdad? ¿Crees acaso que no vendría?

Disimulando la repulsión que aquel hombre le inspiraba, ella dijo:

—Cree que tendrías miedo.

—¿Miedo Boynton? ¿A qué?

Ella mintió.

—¿No has visto los periódicos?

—No. ¿Qué dicen?

—El hombre al que agredí murió de las heridas. Hay una orden de prisión contra mí... Y tú eres mi cómplice... Y saben que me ayudaste a escapar.

—¡Maldición!

—También te van a detener. Por eso vengo a decirte que no bajes.

—¿Estás segura de lo que dices? ¿No me engañas?

—No.

—Pues bien, nos marcharemos a San Francisco. Tú te quedas conmigo.

—No. Yo iré después... Toma esta perla. Vale setecientos dólares. Cuando lleguemos quédate en tierra y luego me reuniré contigo.

—¿Tienes miedo de que me pase algo?

—Sí, mucho miedo.

—¡Quédate a bordo esta noche!

—No puede ser. Es preciso que te hagas a la mar en seguida.

El capitán dudaba aún.

—Pero ¿por qué no me detuvieron en Sidney? Allí me di a conocer.

—El hombre estuvo muchos meses en el hospital... pero al fin murió.

Estaba convencido de que Kiddo no le engañaba. La entrega de la perla le daba una confianza absoluta. Esto ya lo había previsto Kiddo, y éste era el motivo de haberle hecho entrega de aquella piedra preciosa.

—Está bien. Voy a hacerme a la mar a eso de las diez, apro-

vechando la marea. Y si te detienen a tí, no me vayas a comprometer.

Cambiaron un nuevo beso y ella abandonó el barco con la alegría de que pronto iba a perder de vista, seguramente para siempre, al capitán.

Cuando regresó a su casa, Tom comentó:

—¿Vienes de la tienda y no has comprado nada?

—No sé lo que me pasa. Estoy alterada.

—El viaje a Taití te hará mucho bien.

—¿A Taití?

—Sí, ¿No te acuerdas que tengo que registrar la concesión?...

Mira, y de paso podemos ir a bordo de la "Cruz del Sur".

—No... no me siento capaz de ir, Tom.

—Vas a estar muy sola sin mí; pero ¿por qué tiemblas? A tí te pasa algo.

—No tengo nada.

—Oye: ¿te acuerdas de la perla grande?

—Sí...

—Pues me la han robado. ¿Habrá sido Jim?

Ella no podía consentir que se condenara a un inocente.

—Eso ni pensarlo. ¡Te juro que es incapaz de semejante cosa!

—Bien, mujer. ¡Pero no te pongas así!

Y sin comprender qué le ocurría a su mujercita, tan burbuja, tan melancólica hoy, se dispuso a marchar aquella misma tarde a Taití.

Poco antes de marchar Tom, el capitán Boynton bajó a tierra, pues a lubogado Dunn, con feroces propósitos de venganza, había ido a explicarle que Kiddo se había casado.

El capitán estalló en horribles blasfemias.

—¡Me la pagará esa maldita, y él también!... Ya no me marche.

—No me comprometa, por favor.

—No hay un solo lugar en el mundo donde se pueda esconder de mí.

Tom se despedía, entretanto, de su esposa:

—Te traeré un regalo, Kiddo.

—Sólo quiero que regreses pronto.

—Mañana a las doce estaré de regreso.

Después de besar a su mujercita, salió en dirección al muelle.

El capitán estuvo en la fonda donde había dejado a Kiddo. Habló con el dueño.

—¿Dónde está Kiddo?—preguntó ferozmente.

—¿Kiddo?

—Sí. Ella y el hombre con quien se casó.

—No sé...

El fondista le sirvió temblando una bebida, que el capitán rechazó con indignación.

—Dame una copa de aguardiente. No de limonada.

En aquel momento entró Tom.

—Un poco de tabaco, fondista.

—Espera a que me sirva a mí—le dijo el capitán groseramente.

—¿A qué ese tono? ¿Le duele algo, amigo?

—Capitán, para usted.

—Cabo, para usted.

—¿Quién se figura que es?

—El general Pershing o el príncipe de Gales. Pero no se enfade. ¿Quiere tomarse una copa conmigo?

—No hebo con los marinos.

—Por eso tiene ese geniecito... Y lamento que no tenga tiempo para partirle la cara.

Y se alejó, provocador, mientras Boynton, dispuesto a ahorrar toda pendencia que no se refiriera a Kiddo, y sin sospechar que aquel hombre era el rival triunfante, preguntaba al fondista interesantes detalles sobre la mujer.

* * *

Y aquella noche el capitán Boynton, sigilosamente, se dirigió a la casa donde vivía Kiddo. Llamó a la ventana. Kiddo, que se había ya retirado a descansar, se levantó.

—¿Eres tú, Tom?

—Abre.

Franqueó la puerta y avanzó un hombre cuya voz la hizo temblar.

—No soy Tom. Enciende la luz, que quiero verte esta cara de perdida.

—¡Dios mío! ¿Tú?

Encendió la luz, y ante sus ojos se presentó la figura siniestra del capitán, quien con una sonrisa cinica la cogió por el brazo.

—¿No está su esposo, señora?

—¡Déjame! El no tiene la culpa... Sólo la tengo yo.

—Pretendes engañarme, ¿verdad?

—Creí que te habías ahogado. Por eso me casé... yo no sabía...

—¡Farsante! ¿Le dijiste dónde te encontré yo? ¿Se lo dijiste?

—Tenía miedo.

—¿Le quieres?

—Sí... quería ser feliz.

—¡Y a mí no me quieres!... Mentiste por salvarle.

—Por él haría eso y mucho más.

—¡Me las vas a pagar!

La estrechó entre sus brazos, la apretó fuertemente, pero ella se defendía violentamente, a mordiscos. El dió un grito de furor al sentir los dientes clavados en su mano.

—¡Te ahogaré, maldita!

La arrojó lejos, de un formidable golpe. Ella cayó desvanecida.

—¡No finjas que te has desmayado, perdida, no lo finjas!

Y de nuevo pretendió cogerla en un doble impulso de odio y feroz amor. Pero un hombre velaba por ella. Era el fiel criado Jim, que había oído el diálogo y que no pudiendo ver por más tiempo a su señorita víctima de las iras de aquel mal hombre, esgrimió su puñal y avanzando lentamente, lo clavó hasta la empuñadura en la espalda de Boynton.

¡Bien muerta estaba! Una muerte mil veces merecida...

* * *

Al otro día Tom volvió muy contento a la isla. Entró en la fonda, donde vendían también algunos objetos de regalo.

—Quiero un buen regalo para Kiddo.

—No lo necesita, Tom—dijo aquel vagabundo de la eterna sed.

—¿Por qué?

—Kiddo está acusada de la muerte del capitán Boynton. Ocurrió en tu cuarto.

—¡Mientes!

—Es verdad, Tom—dijo el fondista.

—Ya sabía yo que no era necesario que te casaras con ella—dijo el vago con mala intención.

—¡Canalla!

Le tumbó de un puñetazo y, súbitamente enloquecido, marchó velozmente a la Comisaría, donde en aquel momento era interrogada su esposa. ¡Qué cúmulo de asegururas llenaba su corazón! ¿Qué significaba aquel drama? ¿Por qué ella había matado al capitán?

Mucha gente presenciaba el interrogatorio de la acusada, que había sido encontrada desvanecida junto al muerto. Entre el público se hallaba Jim...

Dunn, en funciones de abogado fiscal, interrogaba a la mujer, complaciéndose, por ruin venganza, en sus preguntas. Ella, triste y pálida, apenas tenía voz.

—Este es el puñal con que se cometió el asesinato. ¿Lo ha visto usted antes? Es un puñal de pescador de perlas.

—Le he dicho todo lo que sé.

Entró Tom. Kiddo quiso ir a sus brazos, pero los gendarmes se lo impidieron. Y Tom, envejecido de repente, tomó asiento y escuchó, mientras las dudas abrían heridas en su conciencia.

—Vamos a ver—continuó Dunn—. En ausencia de su esposo, ¿el capitán se propasó con usted?

—Sí.

—¿Lo invitó usted a su casa?

—No.

—¿Le sorprendió la visita?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué fué a bordo de su barco? Yo mismo la vi.

Ella guardó silencio, y Tom sintió un escalofrío. La palabra trucción le destruía.

—Sabíamos que a su marido le habían robado una perla... y esta perla se encontró en el bolsillo del capitán. ¿Se la dió usted? No sabía negar.

—Sí.

—¿Y fué usted quien se la robó a su marido?

—Sí.

—¿Y le dió una puñalada?

—¡Eso es mentira!

—¡En eso de mentir no hay quién la gane a usted!

Tom no podía resistir por más tiempo. Experimentaba en su alma el mayor de los desengaños, la traición inesperada, la perfidia hiriéndole con sus armas innobles. Se levantó, y mirando pensoso a la esposa, salió de allí...

Kiddo sollozó desesperada:

—¡Déjeme, déjeme! Usted quiere hacerme mal, Dunn... Le detesto a usted, bien lo sabe... Usted se venga porque quería que huyese con usted.

Pero entonces se levantó Jim, quien no podía resistir por más tiempo el dolor de su señora. El hubiera callado si nadie hubiese acusado a Kiddo, pero no siendo así, se acusaría.

—Yo... yo, Jim Ikela, maté al capitán. ¡Era un mal hombre!

Se produjo un movimiento de estupor. Kiddo miró al criado con espanto.

El presidente impuso silencio.

—Se levanta la sesión hasta comprobar el testimonio de este hombre. Pero usted, señora, queda en libertad, no es preciso que declare más.

Kiddo suspiró y marchó a toda prisa hacia su casa con el deseo de poder confesar a su marido la verdad.

Unos policías pretendieron esposar a Jim, pero éste, de un empujón, les apartó lejos, y habiéndose pase huyó, protegido por la simpatía de los indígenas que quisieron vedar el paso a la guardia.

Entretando Kiddo había llegado a su casa y suplicaba ardientemente a Tom, que se hallaba arreglando su equipaje:

—Quiero decirte la verdad.

—¡Vete! Tú no sabes lo que esa palabra significa... Me voy de tu lado. Te he dejado todo el dinero que tenía.

—Pero es preciso que me escuches.

—Eres una ladrona... y me engañabas además...

—No te he engañado, Tom. Te lo juro... Fué Jim quien lo mató.

—Hasta a ese pobre le has arruinado con tus mentiras.

—Menti porque temías perderme. Porque eres el único hombre a quien he querido.

—Cuéntale eso al que no te conoce.

Y de un manotazo la apartó, dirigiéndose hacia el muelle con un deseo de huir en seguida, fuera de tanta traición.

Y, mientras, los policías que habían perseguido a Jim habían logrado disparar contra éste y herirle gravemente. Pero el pobre criado pudo llegar al muelle, donde encontró a Tom.

—Tengo que hablar con usted, mi amo,

—Pero ¿quién te ha herido?

Se fijó en que del pecho del desgraciado manaba sangre.

—Me muero... pero antes debo decirle que yo maté al hombre aquel... Yo, yo solo...

—Me engañas. Lo haces por ayudarla a ella.

—No... no. Voy a morir y no le engaño, mi amo. Ella peleó con él... y yo, para ayudarla, le maté.

—Ella llamó al capitán. Es una mala mujer.

—No, no... Es muy buena, muy buena...

—¿Y la perla que ella robó?

—No la robó. Fui yo... yo quien la robé—dijo, acusándose de un modo heroico y con el deseo de que quedara totalmente en salvo la honrada de Kiddo—. Yo, que para despiatar la puse luego sobre el cadáver del capitán...

—¿De veras? ¿De veras?...

—Sí, mi amo, sí...

Era imposible que ante las puertas de la muerte se pudiera

mentir. Le abrazó Tom con cariño, convencido de su veracidad. Pero él lanzó un tenue suspiro y cayó en sus brazos. ¡Estaba muerto!

Llegaron en aquel momento los policías, que no pudieron recoger más que un cadáver.

Tom volvió a su casa, y Kiddo, al verle, le dijo:

—Tom. Deja que te lo cuente todo. Quizás me creas esta vez.

—No me cuentes nada. No quiero saber nada... Jim me ha contado la verdad y vuelvo a ser para ti el de siempre.

—¡Oh, Tom!

—¡Sí, Kiddo! ¡El de siempre! Y nos iremos pronto de aquí para que olvides la tragedia. El pasado ha muerto. Mírenos de frente al mañana.

Y ella se acurrucó en sus brazos como una niña a quien acaban de perdonar.

FIN

RECUERDE LAS SIGUIENTES PUBLICACIONES:

Ediciones Especiales.	1 ^a — pta.
La Novela Cinematográfica del Hogar.	0'30 »
Éxitos Cinematográficos	0'50 »
Los Mejores Films.	0'50 »
Aventuras Film.	0'15 »

Ediciones BISTAGNE - GARANTIA DE ÉXITO

Números publicados:

C H A N D Ū

por Edmund Lowe, Irene Ware, etc.

EL DINERO TIENE ALAS

por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.

La magnífica opereta

NO QUIERO SABER QUIEN ERES

por Gustav Froehlich y Llana Hald

LA MUJER PINTADA

por Peggy Shannon y Spencer Tracy

Sea usted lector de las selectas e inimitables
EDICIONES ESPECIALES de LA NOVELA SEMA-
NAL CINEMATOGRAFICA

Acaba de aparecer:

EL ULTIMO VARÓN SOBRE LA TIERRA

Formidable creación de Raoul Roulien y Rosita Moreno.
Diálogo y bellas canciones en español

¡El film de la simpatía!

¡Siempre lo mejor!

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis., Barcelona

